

INTRODUCCIÓN

*Je m'éveille alanguie dans mon matin étrange
Car il me faut chanter ma fugace chanson,
La chanson d'harmonie qu'un lumineux Archange
A donnée à mon coeur, au fond de sa prison.*

Lily Iñiguez Matte

El día jueves 23 de mayo de 1901, en el Mercurio de Santiago, se publicaba que “con toda solemnidad se ha anunciado desde París el matrimonio de la señorita Rebeca Matte Bello y el señor Pedro Iñiguez Larraín”. Se habían comprometido oficialmente en Monte Carlo en el mes de febrero de ese mismo año y el matrimonio tuvo lugar el 27 de mayo de 1901. Cerca de un año después, el 19 de marzo de 1902, nacería la única hija que tuvieron y que llamaron María Eleonora y que con el tiempo se la conocería con el nombre de Lily.

Han pasado cien años, todo un siglo desde que ocurrieron esos felices acontecimientos. Por entonces nada hacía presagiar todo el dolor que les vendría no muchos años después: Quizás sus vidas se hayan vuelto inasibles porque hace tantos años que se han ido para siempre, pero sin embargo, sus obras se han quedado entre nosotros y de alguna forma sentimos que nos pertenecen.

El 27 de mayo de 1926, cuando sus padres cumplían Bodas de Plata, Lily les dedica un sugestivo y simbólico poema, uno de los últimos que escribiera, y que llamó *La Catedral Inconclusa*. Es un poema lleno de humanidad doliente y de visión divina. Por esos días ya siente que su fin está próximo y sabe con profunda tristeza que su vida no es más que una canción sin terminar. Comprende que ya es tarde y que sólo le queda el renunciamiento, el refugio en la fe y el amor de sus padres.

Poco tiempo después, el día 8 de septiembre de 1926, a sus veinticuatro años, Lily abandonó este mundo. Las últimas palabras que escribió en su Diario testimonian su profundo cariño y admiración por Rebeca,

su madre y confidente y por Pedro Felipe, su padre, quienes le prodigaron hasta el instante final, lo único que podían darle sin límite: amor, sosiego, dulzura y silencio. “Cuidada día y noche por Aquella a quien amó por encima de todo, junto con mi papacito, paso días plenos de exquisitos momentos de dulzor”.¹

El 12 de mayo de 1930, la escritora Inés Echeverría Bello, prima-hermana de Rebeca Matte, rindió un postrer homenaje a Lily en un acto académico en la Universidad de Chile. “Sus palabras fueron tan emotivas que el público –según las crónicas de la época– no pudo contener las lágrimas”.² Sin duda la fuerza de la palabra de Inés debió impresionar a los asistentes. Su conocida elocuencia ya había dejado su huella en ese maravilloso Prólogo que escribiera tanto en francés como en castellano para acompañar los poemas de Lily que su madre hizo publicar en Milán en 1927. Observemos sus reflexiones:

La víspera de su partida, Lily, desde su lecho, miraba el sol poniente –¿Ves? pregunta a su madre –Sí, veo las nubes–. Nubes negras obstruían la gloria del astro que descendía.– No, dijo la joven, mira detrás de las nubes... ¡La luz!

Y la luz que sus labios anunciaron en las últimas palabras de su lenguaje terrestre, cae hoy a raudales sobre las tinieblas desoladas de la muerte. Triunfa así sobre la muerte (...) Ángel de la anunciación sobre la tierra, continua transmitiendo dulces mensajes. (...) Dondequiera que sembró la semilla del amor, el brote surgió magnífico (...). Su fugaz aparición sobre la tierra, ha dejado en muchos corazones consuelo, certeza de un más allá, claridad de aurora (...). Su tumba es florida Primavera, dulce lugar de peregrinaje, de oración, de fe.³

Dos años antes, el 8 de septiembre de 1928, cuando se cumplía el segundo aniversario de su muerte, se celebró en el Salón de Honor de la Universidad Católica de Chile, el primer tributo que se hiciera a la memoria de Lily. Junto al Rector Monseñor Carlos Casanueva y al Presidente de la Academia de Bellas Artes, Juan A. Barriga, se reunió una numerosa concurrencia para recordarla con recogimiento. En este acto académico debió asistir seguramente Inés con su prima Rebeca, quien por entonces había venido a

¹ “Veillé jour et nuit par Celle que j’aime par dessus, tout avec mon Papacito, je coule des jours pleins d’exquis moments de douceur”. *Pages d’un Journal*, Santiago, Chile: Isidore Dubourmais [1928?].

² Echeverría, Mónica, *Agonía de una Irreverente*, Santiago, Chile: Sudamericana, 1997, pág. 120.

³ Del Prólogo a *Brève Chanson*, de Lily Iñiguez, por Inés Echeverría. Milán: Raffaello Bertieri [1927].

Chile antes que el acabamiento de sus fuerzas fuera total, para instituir una casa de niños huérfanos que llevaría el nombre de su hija: Fundación Lily Iñiguez-Los Nidos. Dos personas que conocieron de cerca su alma delicada y su sensibilidad literaria, Carlos Silva Vildósola y Ginés de Alcántara, le dedicaron señalados y emotivos pensamientos, los que fueron acompañados por la recitación de hermosas poesías de Lily y de escogidas piezas musicales. Dijo Silva Vildósola:

...y ha muerto esa criatura sobre cuyos labios yertos vaga todavía la sonrisa angelical. Ella, capaz de sentir y pensar, de ser feliz y de irradiar venturas en torno suyo, se ha ido; y quedamos nosotros caminando con el saco de amargura y miserias a la espalda. Cuando leí su libro (*Brève Chanson*) sentí que de su corazón maltratado, de sus manos puras, de su noble frente, de todo su ser había nacido para nosotros una luz, una inmensa esperanza, una certidumbre de inmortalidad, y la hemos sentido de nuevo viva, hermosa, sonriente, liberada, como ella quería, de las limitaciones humanas, espíritu consolador que ya no puede abandonarnos.⁴

Pero junto a su breve pero denso libro de poemas, que ella se preocupó de revisar, y ordenar una y otra vez, Lily nos dejó también un extenso y conmovedor Diario, que escribiera durante trece años, entre sus once y veintuatro años. Ginés de Alcántara al recordar ciertos pasajes de esas narraciones nos dice:

Las páginas de su Diario que corresponden a la época en que Lily estuvo como en una torre de cristal desde donde no se divisaba sino la irrealidad de un mundo con horizontes de ensueños, están rezumantes de un sentimiento poético de tal sencillez y verdad, de un sentido de la naturaleza tan hondo y penetrante, de una ternura recatada y pudorosa, grave, reconcentrada y muda, y de un instinto místico tan fuerte –como esas observaciones del día de su Primera comunión– que evidencian que esa criatura de los altos destinos llevaba dentro del alma todos los manantiales de la emoción y todas las aptitudes para las más nobles fruiciones de la belleza.⁵

⁴ Silva Vildósola, Carlos, “*Brève Chanson, por Lily Iñiguez*”. En: Revista Universitaria, 13 (7): 728-736, septiembre de 1928.

⁵ Quindos de Montalva (Ginés de Alcántara), “*El Dolor en el Arte de Lily Iñiguez*” En: Revista Universitaria, 13 (7): 736-741, septiembre de 1928. Ginés de Alcántara era una destacada escritora española, a quien Inés Echeverría conocía bien, por haber sido invitada a participar en el *Círculo de Lectura*, fundado en 1915 y del que Inés era su Directora.

Pero más allá de esos sentidos homenajes que se hicieron ya hace tantos años, el nombre de Lily Iñiguez, se fue quedando en el olvido. Cerca de treinta años después, recién en 1954, la Editorial del Pacífico publicó una versión castellana bastante fragmentaria del Diario,⁶ en la que se omiten los poemas que ella inicialmente había incluido allí. En la nota editorial sólo se manifiesta la intención de publicarlos más adelante en forma separada.

La versión original la supervisó enteramente Rebeca Matte, y fue publicada bajo el título de *Pages d'un Journal*,⁷ probablemente hacia 1928 en Santiago de Chile (la edición no indica el año). La obra está escrita en francés, con frecuentes párrafos en italiano e inglés y algunas frases en alemán.

Al parecer los poemas nunca fueron traducidos al castellano. Sólo se han conservado tres versiones originales en francés, que llevan por título *Brève Chanson*, con prólogo de Inés Echeverría, como decíamos anteriormente. Dos de ellas fueron publicadas en hermosa edición en la misma época, hacia 1927 (tampoco aquí se indica el año), en Milán, bajo la atenta mirada de Rebeca.⁸ Son muy similares y sólo se distinguen porque una lleva el Prólogo en castellano y la otra en francés. Existe también una última versión publicada en París en 1930,⁹ que probablemente estuvo supervisada por Pedro F. Iñiguez y que lleva también el mismo Prólogo de Inés en francés. Es una edición más sencilla y de formato más pequeño. En todo lo demás es similar.

Verso y prosa tiene cada uno su propio estatuto, pero sin embargo, al encontrar las poesías de Lily al interior de su Diario nos ha permitido acercarnos más íntimamente a las profundas motivaciones que poblaban su conciencia. Lily poetizó desde el centro de su alma iluminada, el drama de su existencia. Su obra está atravesada de parte a parte por el sello de su personalidad insustituible y única que se oculta a toda mirada extraña que le parezca absolutamente ajena a su naturaleza, porque teme que le roben su universo.

⁶ Iñiguez Matte, Lily, *Páginas de un Diario*, Santiago, Chile: Ed. del Pacífico, 1954.

⁷ Iñiguez, Lily, *Pages d'un Journal*, op. cit. [1928?].

⁸ Iñiguez, Lily, *Brève Chanson*, op. cit. [1927].

⁹ Iñiguez, Lily, *Brève Chanson*, Paris: Ramlot, 1930.

Ahora que ha pasado un siglo entero desde que llegara a este mundo, hemos querido hacer nuestro propio homenaje, reivindicando su nombre legítimamente dentro de la Historia de la Literatura Chilena. No sólo hemos querido reflexionar en torno a su figura y traerla al presente, sino aventurarnos también a traducir los cuarenta poemas que Lily consideró que debían quedar seleccionados para una eventual publicación.

Sabemos que ella cuidaba su palabra y que se exigía mucho cada vez que escribía un verso. Pero también sabemos de la difícil tarea que significa emprender una traducción, sobre todo si se tiene en cuenta que es un poemario erigido en gran medida en la situación límite del dolor y del morir.

Sus poemas han descansado como ella durante todos estos años, rara vez leídos, quizás, por alguien que tuvo la oportunidad de conservar uno de esos ejemplares numerados y escritos en lengua extraña que circulaban restringidamente en Chile (otros debieron quedar en Europa). Pero nosotros hemos querido despertarlos, verlos y leerlos, porque desde ese feliz encuentro, cuando cayeron en nuestras manos, no han dejado de suscitar nuestro más profundo sentimiento estético. Y precisamente ese sentimiento poderosamente sentido es el que nos ha conducido a adentrarnos en esa atmósfera constelada de innumerables matices y coloraturas de ese francés refinado y bello de otra época, con el que escribió Lily. Así, a la distancia, hemos sentido palpar su presencia en cada palabra suya, elegida cuidadosamente por su sonoridad y fuerza expresiva, para revelarnos su sobrecogedora experiencia de vida.

Todos estos largos años y la enorme distancia que media entre la Torrossa y nosotros, podrían parecer grandes obstáculos, pero, sin embargo, sentimos que su poesía anula toda distancia y todo tiempo. Afortunadamente tuvo una prodigiosa y abnegada madre, que no sólo cuidó de ella hasta el final, sino que durante la poca vida que aún le quedaba (menos de tres años), se dio a la hermosa tarea de publicar la obra de Lily. Pudo más su obstinación que sus fuerzas físicas que también ya le abandonaban.

Pero más allá del maravilloso gesto de su madre, estaba ese gran talento que fue asomándose desde temprana edad y que le permitió destacarse frente a sus compañeras de colegio, sobre todo cuando escribía algún ensayo sobre literatura. Por otra parte, el orgullo de familia que le decía que era heredera de la raza de Andrés Bello, debió sin duda actuar en su conciencia como un imperativo de valor que la autoafirmaba. Con seguridad otros talentos ancestrales se cruzaron en su camino, pero la figura de don Andrés era demasiado señera para no invocarla y sentirse por ello partícipe privilegiada aunque fuera en quinta generación. “Descendencia preciosa –decía Gabriela Mistral–. Destino extraordinario el de la sangre

dejada en Chile por don Andrés Bello: ella sigue sirviéndonos; ella sigue haciendo presencia en la cultura chilena; ella parece como la lealtad larga del gran viejo, que no quiere acabársenos”.¹⁰

Sin embargo, sobre la sangre del poeta y jurisconsulto dejada en nuestro país, pareció cernirse un destino trágico. En vida suya tuvo que lamentar la muerte de nueve de sus quince hijos legítimos; los tres del primer matrimonio y seis del segundo. Y aún así los que lo sobrevivieron se extinguieron tempranamente; al parecer el que más vivió sólo llegó a los cuarenta y un años. Era su hijo menor que fue sacerdote.

Contaba Bello que, cuando era muchacho, un Cristo puesto en la testera de la habitación de su madre le había anunciado gloria, renombre y honores, que había de pagar con la muerte de los que engendrarse, que iban a ser espíritus nobles.¹¹

Por esta razón cada vez que se enfrentaba ante la adversidad, decía como un estribillo la frase: “Ya me lo dijo el Cristo de Caracas”.

No obstante, la fatalidad no sólo le vino desde Caracas. Se cuenta que cuando llegó a Chile en 1829 a sus cuarenta y ocho años, Diego Portales le pidió que lo asesorara en la redacción jurídica de los estatutos que le permitirían reprimir a los insubordinados. Treinta años después, en 1859, en La Serena, un grupo de insurgentes fue fusilado aplicándose el estatuto Bello. Antes de morir uno de ellos habría gritado: “¡Maldito Bello, tu descendencia sufrirá esta injusticia y morirá joven e intempestivamente!”¹²

Pero hubo otras razones que también impidieron que su descendencia siguiera llamándose Bello: el nacimiento más de mujeres que de hombres, con lo que su estirpe se fue volviendo, por así decir, anónima. “Parecía que la generación anterior y la infancia de la nuestra –dice Inés Echeverría–, iban a cerrar la Era... El nombre se perdía... la enfermedad y la muerte nos segaba... pero hemos revivido con energías nuevas y fuerzas crecientes”.¹³

¹⁰ Mistral, Gabriela, “Una biznieta de Andrés Bello: Rebeca Matte de Iñiguez”, En: Grandeza de los Oficios,/ Selección de Prosas y Prólogo de Roque Esteban Scarpa. Santiago, Chile: Andrés Bello, 1979, pág. 77.

¹¹ Sabat Monguillot, Manuel, “Vida de Bello”. En: Estudios sobre la Vida y Obra de Andrés Bello / Alamiro de Ávila Martel ... [et al.]. Santiago, Chile: Universitaria, 1973, pág. 72.

¹² Echeverría, Mónica. Agonía de una Irreverente, op. cit., pág. 43.

¹³ Echeverría, Inés (Iris), Nuestra, Raza: a la memoria de Andrés Bello; su cuarta generación. Santiago, Chile: Universitaria. [193-?], pág. 17.

Como quiera que sea lo que haya llegado hasta Lily, la profecía del Cristo de Caracas, o la maldición del fusilado, lo cierto es que la tuberculosis, que ya había hecho su hábil trabajo en sus antepasados, la alcanzó a través de Rebeca. No heredó el apellido Bello que se quedó con su madre, pero sí esta extraña fatalidad. Acaso haya resurgido también en ella la lúcida inteligencia y la fina sensibilidad de ese enorme viejo, pero al terrible precio de vivir tan brevemente en medio del dolor y de la angustia.

La que alguna vez se balbuceaba en buenos versos franceses y que llegó a poetizar en arte mayor, se nos ha ido para siempre en las nonas postreras de septiembre de 1926. Pero no se fue sin antes habernos dejado su Breve Canción y las sobrecogedoras páginas de su Diario. Su vida fue también una canción sin terminar como La Catedral Inconclusa, poema que dedicara a sus padres. Muy lejos habría llegado si hubiese habido existencia mejor. Pero aún así, “la criatura silenciosa partida al alba del día de la Fiesta de la Virgen Madre, nos ha dejado hasta hoy la huella luminosa de su paso por la tierra (...) ¡Quien revive así no muere!”¹⁴

Jorge Montoya Véliz
Santiago, Chile
Marzo 2002

¹⁴ Echeverría, Inés (Inés Bello). Del Prólogo a Brève Chanson.



*Desde pequeña revelaba la rectitud de una tenaz afirmación.
Miraba a su alrededor con asombrada ternura*